

María Dolores Izaga nació en Coruña. De muy niña se quedó huérfana de padre, lo que hizo que, a muy temprana edad, a principios de los sesenta, hubiera de ingresar en el colegio María Cristina. Terminados sus estudios, se trasladó a Alemania donde residía su madre que, como tantos otros españoles, tuvo que emigrar en aquellos años tan duros para España .

Integrada en la sociedad alemana, nunca olvidó sus raíces gallegas y ocasión que tenía, ocasión que aprovechaba para volver al terruño; incluso, cuando hablaba en castellano, su hablar tenía un deje gallego lo que hacía su conversación agradable y armoniosa. Casada con un alemán, nuestro querido Alf, tuvo cuatro hijos y con el tiempo, cuatro nietos.

Un día, allá por los primeros años del 2000, metida en internet, topó con una página web que hacía referencia a vidas, anécdotas, recuerdos, y nombres de huérfanos de militar que, como ella, habían pasado por los diferentes colegios repartidos por la geografía española. Acababa de descubrir la existencia de esta Asociación. Se dió de alta y para ella, lo mismo que para tantos de nosotros, comenzó una etapa de su vida llena de recuerdos, reencuentros, inicio de nuevas amistades, asistencia a reuniones pinfaneras, relatos de anécdotas de hechos olvidados y vuelta a aquellos años lejanos. Se reencontró con compañeras de su infancia y reunión en la que coincidían, las salpicaban de charlas interminables centradas en el revivir de aquellos tiempos.

Inquieta y activa, pronto se presentó, aún viviendo muy lejos, para delegada de la Asociación en Galicia y comenzó su tarea sin importarle el tener que viajar desde Alemania para reuniones de Junta, asambleas etc. Como miembro de la Junta Directiva, pronto hizo sentir sus iniciativas siendo pieza clave para el desa-

rollo de las mismas. Formó parte activa en la organización del centenario del colegio de María Cristina. Colaboró en la venta del libro que se editó con la historia del colegio. De ella fue la idea de celebrar un día del Pínfano de homenaje a nuestras madres, siendo la artífice de la Orla a ellas dedicada.

Buceaba en internet tratando de encontrar cualquier cosa referente a nosotros, los huérfanos, bien fuera en periódicos antiguos, Boletines del Estado de épocas pasadas o páginas web, de las que sacaba fotografías históricas relacionadas con los colegios. En los veranos, era pieza clave en la organización del Santiaguino, reunión anual de los pínfanos gallegos a la que está invitado cualquiera de nosotros que quiera asistir. Cuando se decidió asignar mesa a los comensales que asistieran a los Días del Pínfano, ella se ofreció voluntaria para organizar las mesas, tratando que los asistentes se sintieran a gusto compartiendo mesa y mantel.

Sus casas, tanto la de Frankfurt, como la de Galicia, estaban abiertas para todo aquél pínfano o pínfana que quisiera pasar unos días en ellas. En esta sala hay varios que pueden dar fe de ello.

Transcurrieron varios años en los que, a la vez que a sus obligaciones familiares, dedicó tiempo, mucho tiempo, a su relación con el mundo pinfanil. Fue una de las pioneras en el desarrollo de un chat que sirvió para que unos cuantos, bastantes, mantuviéramos un contacto casi diario que sirvió para que nos conociéramos mejor y estrechásemos lazos de amistad que todavía perduran, aunque el chat hace tiempo que desapareció. Era el rincón de nuestras confidencias y el desahogo de nuestras preocupaciones.

Asidua al foro de la Asociación, raro era el día que no intervenía dándole vida a esa especie de cordón umbilical que nos mantenía unidos.

Un día nos dijo que los médicos le habían detectado una enfermedad pulmonar y que se la irían controlando. Nos dio tranquilidad y le restó importancia, llevando una vida normal, tanto familiar como de relación con nosotros, asistiendo a reuniones de la Junta, Días del Pínfano, el último en Sevilla, ocasión que aprovechó para presentarnos a su Alf a los que no lo conocíamos en persona.

Disfrutaba de largas estancias en Galicia, lo que aprovechaba para organizar reuniones en su casa con los pínfanos amigos. Era tan grande su amor por el ambiente pinfanil que a la celebración del día del Pínfano en Zaragoza, vino con una pierna enyesada y no se perdió ningún acto ni visita turística, desplazándose en una silla de ruedas que porfiábamos por llevar.

Al comienzo del verano nos dijo que estaba ingresada y comenzó su calvario. Tiempo inmovilizada en casa, entradas y salidas al hospital o mejor dicho, a los hospitales, intervenciones quirúrgicas...

Mientras pudo, nos iba comunicando su evolución, bien por voz, desde la habitación del hospital de turno o a través de mensajes. En ocasiones nos manifestaba cansancio y dolores, pero, acto seguido, nos daba ánimos pues nos decía que no iban a poder con ella y nosotros, cada cual a su manera, tratábamos, en la distancia, de aliviarle el sufrimiento con frases de ánimo, y ayudarle en su lucha, porque queríamos que se sintiera acompañada y reconfortada en su dolor.

En un momento determinado, ya entrado el invierno, dejó de escribirnos mensajes, nos los escribía su hija Rebecca pues ella no podía. Nos iba dando noticias de cómo evolucionaba y éstas se fueron convirtiendo en más alarmantes según pasaban los días. Todas las mañanas, esperábamos impacientes el whatsapp o la llamada que nos ponía al día de la evolución. Nos costaba admitir y nos resistíamos a asumir, que se acababa y todos sus amigos, de una forma u otra, pedíamos y uníamos fuerzas con la esperanza de que lograra superar el trance.

El foro se llenó de mensajes con deseos de recuperación, ánimo y opiniones sobre la situación que cada día se iba comunicando.

En la madrugada del 8 de enero, nos llegó el mensaje que nunca hubiéramos deseado recibir:

**MAMÁ SE DESPIDIÓ A LAS 2:39 H.
SE FUE EN PAZ, SIN PASAR DOLOR. UN BESO**

Se nos había ido y con ella se fue un poco de nosotros mismos. Se había ido Loli, la Loli sonriente, la Loli dicharachera, la Loli cercana a todos, la Loli valiente y fuerte en el sufrimiento, la Loli esposa, madre y abuela ejemplar, la Loli emprendedora, la Loli querida por todos, la Loli detallista, la Loli amante de su terruño, la Loli familiar, la Loli vital... la Loli amiga.

Alguien dijo: La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan. Loli no morirá nunca en nuestros corazones y permanecerá en ellos hasta que vayamos a reunirnos con ella allá, en el horizonte infinito, donde el cielo se une a la tierra. Sus amigos fieles la recordaremos en sus buenos momentos, con su risa contagiosa, sus ganas de vivir y trato entrañables y haremos por

olvidar el dolor y sufrimiento por los que pasó al final antes de su fallecimiento, sin que pudiéramos hacer nada por aliviarlos.

En la celebración del Santiaguillo es costumbre que en las grietas que forma el promontorio de rocas, sobre el que se erige una estatua del apóstol, cada uno de los asistentes deposite una flor en memoria de los compañeros pínfanos fallecidos y de los seres queridos. La próxima vez que se celebre la reunión, una de esas flores estará dedicada a ella, a nuestra amiga, y cada pétalo llevará el cariño y el recuerdo de cada uno de nosotros.

Adiós, amiga. Seguro que estarás descansando en paz, junto a los pínfanos que te precedieron, allá donde lo hace la gente buena.